

# El enano saltarín



(hermanos Grimm)

Hace mucho tiempo, existió un rey que gustaba de dar largos paseos por el bosque. Un buen día, y cansado de tanto cabalgar, el monarca llegó a una humilde casita entre los árboles. En aquel lugar, vivía un agricultor con su hija joven, la cual rápidamente se ganó la admiración del rey por su belleza.

“Mi hija no solo es bella, sino que también tiene un don especial” – alardeaba el campesino. Cuando el rey le preguntó de qué se trataba, el anciano respondió que la muchacha era capaz de convertir en oro la paja seca con el uso de una rueca. “Genial, la llevaré conmigo al palacio” – gritó entonces el rey.

Al llegar al enorme castillo, el monarca condujo a la joven doncella hacia una habitación donde se encontraba una rueca rodeada de paja. “A la mañana siguiente vendré a ver si es verdad que puedes convertir todo esto en oro. Si me engañas, tú y tu padre sufrirán las consecuencias por haberme mentado”.

Al no saber qué hacer, la pobre muchacha se desplomó en el suelo y se puso a llorar hasta la llegada de la noche. Entonces, cuando dieron exactamente las doce en el reloj, apareció por una de las ventanas, un enano narizón que prometió ayudarla.

“Si me regalas tu collar, convertiré toda esta paja en oro” – dijo el enano con una voz suave, y sin pensarlo dos veces, la hermosa joven le entregó su collar a la criatura, y esta se dispuso a hilar la rueca con toda la paja de la habitación. A la mañana siguiente, el rey abrió la puerta y quedó boquiabierto de ver que, efectivamente, toda la paja había sido convertida en oro.

Cegado por su ambición, el rey tomó a la muchacha por las manos y la llevó hacia otra habitación mucho más grande que la anterior. Enormes bultos de paja se extendían hasta el techo. “Ahora debes hacer lo mismo en esta habitación. Si no lo haces, verás las consecuencias de tu engaño”, le dijo el monarca antes de cerrar la puerta.

La suerte de la muchacha no había cambiado, y tan nerviosa se puso que se tumbó en el suelo a llorar desconsoladamente. A las doce en punto de la noche, apareció nuevamente el enano narizón que la había ayudado. “Si me das esa sortija que brilla en tus dedos, te ayudaré a convertir toda esta paja en oro”, le dijo la criatura a la muchacha, y esta no dudo un segundo en cumplir su parte del trato.

Para sorpresa del rey, cuando regresó a la mañana siguiente, la habitación se encontraba repleta de hilos de oro, y fue tanta su avaricia, que decidió casarse entonces con la pobre muchacha, pero a cambio debía repetir el acto mágico una vez más.

Tan triste se puso aquella joven, que no tuvo más remedio que echarse a llorar durante toda la noche. Como era costumbre, el enano narizón apareció entonces a las doce de la noche y acercándose lentamente a la muchacha le dijo: “No llores más, hermosa. Te ayudaré con el rey, pero deberás entregarme algo a cambio”.

“No tengo más joyas que darte”, exclamó la muchacha con pesadumbre, pero el enano le pidió entonces una cosa mucho más importante: “Cuando nazca tu primer hijo, deberás entregármelo sin dudar. ¿Aceptas?”. La princesa no tuvo que pensarlo mucho, y tal como había prometido el enano, convirtió toda la paja de la habitación en oro usando la rueca.

En las primeras horas de la mañana siguiente, el rey apareció como de costumbre, y al ver que era más rico aún gracias a la muchacha, ordenó a sus súbditos que preparan un banquete de bodas gigante para casarse de inmediato.

Al cabo de un año, el rey y la nueva reina tuvieron su primer hijo, y aunque la muchacha había olvidado por completo la promesa del enano narizón, este apareció una buena noche en la ventana de su alcoba. “He venido a llevarme lo prometido. Entrégame a tu hijo como acordamos”, susurró el enano entre risas.

“Por favor, criatura. No te lleves lo que más amo en este mundo”, suplicó la reina arrodillada, “te daré todo lo que desees, montañas de oro, mares de plata, todo porque dejes a mi hijo en paz”.

Pero el enano no se dejó convencer, y tanta fue la insistencia de la muchacha que finalmente, la criatura le dijo: “Sólo hay un modo de que puedas romper la promesa, y es el siguiente: dentro de tres noches vendré nuevamente a buscarte, si para ese entonces adivinas mi nombre, te dejaré en paz”. Y dicho aquello se desapareció al instante.

La reina, decidió entonces averiguar por todos los medios el nombre de aquella criatura, por lo que mandó a sus guardias a todos los rincones del mundo y les ordenó que no volvieran si no traían una respuesta. Tras dos días y dos noches, apareció uno de los guardias, contando la historia de un enano que había visto caminando por el bosque, mientras cantaba lo siguiente:

“Soy un duende maldito,

Inteligente como yo, nunca encontrarán

Mañana me llevaré al niño

Y el nombre de Rumpelstiltskin, jamás adivinarán”

Así pudo saber la reina el nombre del enano narizón, y cuando se apareció en la noche le dijo: “Tu nombre es Rumpelstiltskin”. Entre gritos y lamentos, el enano comenzó a dar saltos enfurecidos por toda la habitación, y tanto fue su enfado, que saltando y saltando llegó al borde del balcón y se cayó en el foso del castillo, quedando atrapado allí para siempre.